

la Sagrada Escritura ni aun quiere que sea nombrado, y el cual fué acompañado de amores semejantes en el otro sexo.

La Ninon.
1616-
1706.

Por tanto se hizo célebre la Ninon de Lenclos. Dotada de esa hermosura que no sucumbe á los años, educada cuidadosamente por los mejores autores, bailaba como una Gracia, y poseía la música como una Musa; era notable para descubrir el ridículo de las cosas, de carácter igual y sencillo, por cuyas razones se atrajo pronto la admiración de la ciudad. Su padre, noble de Turena, la había educado en un amplio epicureísmo, y á la hora de su muerte le dijo: «Aprovecha un tiempo precioso, y no seas escrupulosa en el número, sino en la elección de tus placeres.» Tal educación alimentada por un temperamento ardiente hizo que mirase al amor no como un sentimiento, sino como una sensación que no debía dejar ni arrepentimiento ni gratitud. Á los quince años, dueña ya de sí, colocó sus bienes en rentas viticias para asegurarse una renta estable, rechazó toda idea de matrimonio y de cuidados, y haciéndose superior al pudor de su sexo y de las costumbres, no pensó más que en los placeres, en gozar las adulaciones de sus mil adadores, y en recompensarlos con favores fáciles, y sin embargo ambicionados, y sin embargo no viles.

La calle de Tournelle donde habitaba, llegó á ser el polo opuesto de la moral severa de Port-Royal, y del alambicado platonismo de la sociedad Rambouillet. Profesándose allí en teoría y en práctica el epicureísmo, resucitado por Gassendi, cambiaba sucesivamente de amantes, abandonándose á cada uno de ellos con el ímpetu de una pasión única para mudarla en breve por otra: á uno escribía: «Espero amarte por tres meses, cuyo tiempo es para mí la eternidad:» al suplantado le anunciaba lealmente que su reinado había concluido; reinado que ninguno alcanzaba sino con conocimiento de su breve duración: á los amantes degradados los convertía en amigos, y fiel en extremo para con este sentimiento mas tranquilo, los ayudaba, los socorria y les procuraba honores y empleos. La Châtre quiso tener de ella un billete, en que le protestase que le amaría eternamente y á él solo: se lo escribió en efecto, y poco tiempo despues exclamaba en los brazos de otro: ¡Oh qué magnífico billete tiene guardado La Châtre! Hallándose madre, sus amantes jugaron á los dados una paternidad que ella misma no podía asegurar. Mientras que en casa de Rambouillet se estudiaban las palabras, se buscaban las ideas y se andaba á caza de cumplimientos exagerados, en la de Ninon todo era natural, todo gracias desnudas, y no había nada de académico ni de fisonomías contritas; allí se aprendía á quitar el nombre de delito á los dulces errores, y á llamar placeres á los vicios delicados. Clasificaba sus amantes en pagadores, mártires y favoritos: y aceptaba de ellos dádivas muy raras veces, y mucho ménos de aquellos á quienes mas había concedido.

Se tenía en mucho el ser admitido en sus círculos para completar la propia educación y adquirir maneras elegantes; las madres anhelaban que aceptase sus hijos; mujeres de reputación melindrosa, aquellas mismas hipócritas á quienes ella llamaba las *jansenistas del amor*, pretendían ser sus amigas; la Maintenon, que había sido protegida por ella en su humilde fortuna, cuando se vió en la prosperidad trató de llevarla á la corte; Cristina de Suecia confesó que ninguna Francesa le agradaba tanto como la *ilustre Ninon*, y aquella princesa hizo todo lo que pudo por llevarla á Roma. Los ingenios mas famosos partían con ella el incienso que quemaban á Luis; Molière la consultaba sobre sus obras, y de su larga experiencia sacaba caracteres y escenas; la condesa de Olonne, tan conocida por su belleza y por el gran número de sus amantes, la condesa de Suze aplaudida por sus elegías, el poeta Waller, la señora de Mazarino, la Mancini, el satírico Saint-Evremond, el ingenioso La Rochefoucauld separado de la antigua sociedad, así como la novelista madama La Fayette, Gourville y otros muchos, todos ofrecían homenajes á la «nueva Aspasia, nueva Tais de los sabios de la Atenas Galicana.»

Despreocupada en puntos de religion como en los de moralidad, en vano los Jesuitas y portroyalistas trataron de atraerla á su partido; ella se reía de los molinistas y jansenistas que se disputaban su alma, como los amantes su cuerpo: sin embargo de esto decía á Saint-Evremond: *Doy gracias á Dios todas las noches por mi alma, y le ruego todas las mañanas que me preserve de las imprudencias de mi corazón.* De este modo llegó hasta la edad de noventa años, sin perder el ingenio ni los amantes. Queriendo una vez sustraerse á las exigencias de un jóven que estaba enamorado de ella, le declaró que era su madre y él se suicidó á sus piés.

Lo que todavía llama mas la atención entre aquellos refinamientos es la frecuentísima mención que se hace de tósigos, de astrólogos y adivinos. Enriqueta de Inglaterra murió envenenada; envenenados se dice que murieron los dos delfines, la duquesa de Borgoña, Louvois y otros muchos. La marquesa María de Brinwilliers amó al jóven Saint-Croix, el cual á instancia del marido fué preso en la Bastilla, donde conoció á un tal Elisi, Italiano, que se decía que había envenenado en Roma á ciento cincuenta personas en tiempo de Inocencio X. Saint-Croix aprendió de él el arte de los venenos, y al salir de la prisión se lo enseñó á su amada, la cual decidió matar á toda su familia para casarse con el amante. Despues de haber ensayado la eficacia de estos venenos por medio de bizcochos que llevaba á los enfermos del hospital, mató en pocos años á dos hermanos, á una hermana y á su padre, no pudiendo hacer lo mismo con su marido, porque Saint-Croix le proporcionaba antidotos, decidido como estaba á no casarse con aquella mujer infame. Las Me-

La Brinwilliers.

1670.

morias de aquel tiempo añaden, que habiendo sabido que á una jóven querían encerrarla por fuerza en un convento, le prometió socorrerla, y al momento dejaron de existir sus padres. Saint-Croix destilando venenos murió asfixiado, y se le encontró una cajita designada como de la Brinwilliers, llena de venenos y de cartas, y entre ellas una confesion general de su vida. Por estos crímenes fué decapitada y quemada, y enroddado un criado de Saint-Croix sospechoso de complicidad con él (1).

1676.
Envenenamientos.

No por esto cesaron los envenenamientos; y las revelaciones hechas por la marquesa al tiempo de morir, hacían que se atribuyesen á malicia todas las muertes repentinas ó las enfermedades extraordinarias; el nombre sarcástico de *polvos de sucesion* difundía un profundo sobresalto; por lo que, á causa del clamor general, tuvo que establecerse un tribunal especial que juzgase estos casos. La principal acusada fué la Voisin, que, como comadre, charlatana y tercera, había establecido una rica casa. Presa por envenenadora, delató como cómplices suyos, tal vez por salvarse, á muchas personas de la primera esfera, entre las que figuraban la duquesa de Bouillon, el mariscal de Luxemburgo y la condesa de Soissons, madre del príncipe Eugenio de Saboya. La Voisin despues de ser careada y de haber sufrido la tortura, fué quemada, conservando un valor cínico hasta los últimos momentos (2). Un hermano suyo, La Vigoureux, y el sacerdote Lesage, sus cómplices, fueron condenados á varias penas, y tal vez su culpa consistía únicamente en el antiguo delirio que existía de buscar el polvo de proyección con que hacer oro.

1679.

1680.

Punto de honor.

Las venganzas son otro de los caracteres distintivos de aquel siglo, las cuales no se ejecutaban en el primer ímpetu de la cólera, sino por deber, con reglas prescritas, por lo que se llamaba pundonor, y en ellas tomaban parte toda una familia, una clase y á veces un país entero. El noble debía ejecutarlas por sí mismo con su espada, y de aquí nació una ciencia particular, la caballeresca. Las reglas de esta ciencia, así como los maestros mas reputados de esgrima vinieron de Italia, país que desgraciadamente hace memoria de mas de cincuenta escritores, legistas la mayor parte, que hablaron de tal materia, y que aplicaron á ella las reglas de la jurisprudencia. En estos libros se trata del modo de buscar pendeencias, de mudarlas, aumentarlas, fijarlas y abandonarlas; de las excepciones dilatorias y perentorias; de cuál de los contendientes ha de llamarse vencedor cuando mueren ambos; del movimiento mas vergonzoso, y de las armas que es mas deshonoroso perder; de las cincuenta fórmulas de cláusulas

(1) Véase la Sevigné y las *Causas célebres*. Fué defendida por Nivelles, abogado del parlamento.

(2) « Afirman que el confesor de la Voisin dijo que esta había pronunciado las palabras *Jesus Maria* en medio del fuego. Quizá sea una santa. » SEVIGNÉ. También la Brinwilliers fué reputada como santa por el vulgo.

diferentes para poner en los carteles; del modo de aclarar, rechazar ó reprimir; si se ha de aceptar también á los plebeyos ó solo á los iguales; si la elección de armas y designación del campo corresponde al provocador ó al provocado, y cuáles son las armas caballerescas. Además se ocupan en sutiles definiciones sobre el honor y sus especies, y si está en el honrante ó en el honrado sobre la injuria, considerada en su cualidad, cantidad, relación, acción, pasiones, sitio, tiempo, lugar, causa y haber; dividen las injurias en vueltas, revueltas, compensadas, redobladas, propulsadas, devueltas, rechazadas, obligadas, voluntarias, y voluntario-necesarias ó mixtas.

Viene despues la doctrina del *cargo*, esto es, de la obligación de resentirse, rechazar, repulsar, probar y reprobear. Luego definen la enemistad y el resentimiento, la venganza, el descargo, la provocación, el castigo, la venganza transversal, la ventaja, la superchería, el asesinato, el medio indirecto, el mal modo, la traición y la perfidia; cuándo se ha de tomar resentimiento por otro, y si una injuria queda borrada por otra igual. El *espejo del honor* enumera una larga serie de conjeturas, «callando hasta ciento y mil mas que podían añadirse.»

Calcúlese ahora; cuán largamente no debían tratar tales escritores del mentis, objeto principal de este estudio! El mentis segun ellos es afirmativo, negativo, universal, particular, condicional, absoluto, privativo, positivo, negante, infinitivo, cierto, simple y singular; general por la persona, general por la injuria y general por ambas; sobre la voluntad, sobre la afirmación y la negación; válido, inválido, injurioso, supositivo, circunscrito, encubierto, vano, nulo, escandaloso, verdadero, dado verdaderamente, falso y dado falsamente; siguen despues los legítimos, impertinentes, ridículos, desordenados, universales de cosa particular y particulares de cosa universal. Á mayor abundamiento emplearon gran trabajo para distinguir el *mentis* válido del no válido, al actor mentido injuriante del reo mentido injuriado, al actor provocante del actor provocado. Además discutían acerca del probar y del sostener, y del actor que se finge reo, del actor interpretativo que opone las excepciones de compensación, y del actor que tiene carácter de reo provocado por la forma de sus palabras.

Y si llegaron á conciliar sobre estos puntos las opiniones discordes, nuevos gérmenes brotaron entónces de cuestiones sobre las satisfacciones y sobre la paz universal ó particular, interna ó externa, natural, civil, pública y doméstica, y sobre las diferencias entre paz, reconciliación y acomodamiento; entre satisfacción y restitución, pena y castigo, confesion, arrepentimiento y humillación, perdón y misericordia, y sobre las seis maneras de decirse.

Tal era la ciencia sobre la cual ejercían su ingenio los Italianos, contemporáneos de Galileo,

de Torricelli y de Bacon (1). Y los autores no sólo se apoyan en Aristóteles y en los juriscultos romanos, sino en los Santos Padres y en aquel Evangelio donde está escrito: « Si alguno os abofetea en la mejilla izquierda, presentadle también la derecha. » Juan Possevino compuso un *Oremus*, que quien lo recitaba antes de asistir al combate, *adquiría grandísimas fuerzas*, y en el cual el duelista promete á Dios que si matare á su enemigo, *se arrepentirá en gran manera*.

Desafios.

Las demas naciones, especialmente Francia, adoptaron desde luego aquel gusto, sobre todo cuando los reyes franceses lo prohibieron. Ya nemos visto desafiarse á los dos soberanos mas grandes del siglo XVI, Carlos V y Francisco I, quien sustentaba la opinion de que solo un bastardo podia recibir un mentís sin vengarlo. Enrique II, con toda su corte, el condestable, el almirante y los mariscales de Francia presidieron el desafio en que La Chataigneray fué muerto por Jarnac, el cual levantando al Cielo las manos, teñidas en la sangre de su pariente, exclamó: *Lcor, Dios mio, no á mi valor, sino á tu santo nombre*. Enrique juró no permitir en adelante ningun otro desafio; pero con tal furor se reduplicaron entónces, que la nobleza perdió en ellos mas sangre que en las guerras nacionales. Carlos IX procuró ponerles coto, instituyendo un tribunal de honor que entendiase en los desacatos cometidos contra sus leyes. Tambien Enrique IV se empeñó firmemente en conseguir igual fin, amenazando á los duelistas con la pena de muerte; y sin embargo, durante su reinado, fué preciso conceder catorce mil indultos por aquel delito, aun cuando solo un corto número de caballeros estaba autorizado para el uso de armas. El mismo rey, empero, hubiera creído indigno del nombre de caballero á todo el que no hubiese lavado con sangre las injurias, y nombraba gobernador de la Provenza á un Guisa, que dos dias ántes habia dado muerte al conde de Saint-Pol en mitad de Reims. Montaigne decia: « Llevad tres Franceses á los desiertos de Libia, y no pasará un mes sin que se desafien. » El obispo de Rhodéz en la vida de Enrique IV dice, « que la nobleza, en tiempo de paz, y por su propia mano, perdía mas sangre que en las batallas. » Chevalier añade que, en el espacio de siete meses, murieron en desafio en una sola provincia ciento veinte caballeros; Brantôme elogia á un noble

(1) Hicieronse inmortales en esta tarea Páris del Pozzo, Muzio, Juan de Legnano, Lancelotte Conrado, Julio Ferretti, Attendolo, Possevino, Camilo Baldi, Belisario Aquaviva, Antonio Bernardo de la Mirandola, el Milanés Birago, Parisio, Jacobo Castiglio, Pigna, Albergati, Gessi, Ansidei, Fausto, Romei, Orlando Pascetti, Tomina y el *Diálogo* de Marco Mantica, jurisculto « donde se deciden ciento y mas cuestiones, » y los « Cincuenta casos de Olevano, el Espejo del honor, la Paz » en prision, la Mentira en juicio, las Conclusiones del duelo » y de la paz evangelistas de la reputacion humana, cuyas palabras sirven para llenar de muchos dogmas de fe y de honor los márgenes de los escritos caballerescos. Entre los Franceses era ya famoso el *Discours du point d'honneur, » touchant les moyens de le bien connaître et pratiquer, »* por RIVAUT, señor de Flurancé. Paris, 1599.

del Franco Condado que mató en duelo á su enemigo bajo el pórtico de una iglesia, y á otros dos que dentro de la iglesia combatieron para decidir cuál de ellos debia ser incensado primero; describe con deleite aquellos magníficos golpes dados por solo el gusto de ejercitar las manos; » y ensalza exageradamente á un Napolitano, que en una mañana mató á tres contrarios suyos, dejándolos « al amparo de Dios para que se les enterrase. » Las señoras halagaban á porfia á los más valientes y certeros espadachines.

El uso de los desafios se propagó durante la Fronza, autorizados en cierto modo por los frecuentes ejemplos del cardenal de Retz; siendo lo peor, que despues se hizo obligacion el combatir con los segundos, los terceros y hasta los cuartos padrinos del contrario, que muchas veces ni siquiera se conocian unos á otros. En 1604 murieron en desafio ciento veinte caballeros en la sola Marca del Lemosin; y en un diario del 6 de agosto de 1606, se lee: « La semana pasada hubo en Paris cuatro asesinatos y tres desafios; pero no se hizo caso de ellos. » Desde el año 1509 hasta el de 1608, se concedieron siete mil indultos por causas de duelos, y durante los ocho años de la minoría de Luis XIV, se calculan en cuatro mil los nobles que perecieron en tales lances. Era una protesta política que en favor de su perdida independencia hacia la nobleza por medio de aquel distintivo que la separaba de la plebe. Pondéranso la valentía y el honor de aquellos tiempos de restauracion de lo caballeresco; pero no hay que estimar aquella, cuando es meramente cuestion de moda, ántes al contrario, es execrable cuando no se emplea para lo bueno; y respecto del honor, es verdad que entónces se preconizaban sus preceptos, mas tambien es cierto que en el hecho se quebrantaban con impunidad absoluta. Brantôme no emplea ni una palabra de censura contra Entragues, que hirió á Quelus con una daga que llevaba escondida; un tal Malcolm, despues de dar muerte á un contrario suyo, presta ayuda á su padrino; el mariscal de San Andres se ve desarmado por un antiguo oficial, y lo asesina en el acto mismo con la espada que este le devolvía generosamente. El mismo Brantôme nos presenta como *dechado de Francia* al hijo del canceller Duprat, insignie valenton desde sus años mas juveniles. Este en un banquete asesinó al baron de Soupez que le habia arrojado un candelero á la cabeza, y se fugó en traje de mujer; mató tambien al caballero mayor de Carlos IX que habia quitado la vida á un hermano suyo de quince años; vengó á otro hermano, muerto por un pariente, asesinando al matador en compañía de dos rufianes; y anduvo siempre huyendo de la justicia, y solicitando su perdon, que obtuvo. Una vez que un valiente militar se oponia á que le fuese concedido el indulto que solicitaba, entró en su casa acompañado de algunos matones y lo asesino: « accion que fué considerada generalmente

como de eminente audacia. » Por último, alcanzó su perdon, le desafió el hermano de una de sus víctimas, y resguardándose bajo una coraza de color de carne, « lo dejó tendido en el campo. » Así terminó sus dias el Dechado de la Francia, cuyo renombre se habia extendido por Polonia, España, Alemania é Inglaterra, el hombre á quien deseaban ver todos cuantos extranjeros visitaban la corte. Acusábanle sus enemigos de que no mataba lealmente; pero los grandes maestros, y sobre todo los Italianos, que son los mas peritos del mundo en materia de venganza, opinan que es permitido oponer estratagemas á estratagemas sin faltar á las leyes del honor.

Creemos inútil repetir que la Iglesia se opuso continuamente á los duelos: en España tuvo necesidad de recordar un antiguo cánón, que prohibia desafiar á los obispos y canónigos; el concilio de Trento excomulgó á los emperadores, reyes, duques, príncipes, marqueses, condes y otros señores que concediesen campo para desafios entre Cristianos, y declaró al propio tiempo infames á los combatientes y á sus padrinos, negándoles tierra sagrada para su sepultura.

Secundada la Iglesia por los príncipes, multiplicáronse las prohibiciones. Carlos V hizo la suya extensiva á todos sus Estados; en Portugal se imponia á los infractores la confiscacion de bienes y el destierro á África; en Suecia eran castigados de muerte. En Francia se publicaban continuamente edictos sobre lo mismo, y la gente del foro vió con sumo placer á la pendenciera nobleza postrarse á sus piés pidiendo justicia, y la trató por cierto con rigor excesivo. Para hacerse cargo empero de la ineficacia de pragmáticas y de edictos, basta ver á Richelieu inmoldando á la ley las cabezas mas ilustres sin calmar aquella universal locura.

En 1679, Luis XIV impuso pena de muerte con pérdida de honores y bienes á los duelistas, aun cuando fuesen aprehendidos ántes de llevar á cabo el desafio, y empeñó su real palabra de que á ninguno haria gracia. Consiguio de este modo reprimir el frenesí; mas no lo calmó del todo; el mismo rey, tan severo en sus leyes, lo era mucho ménos en su aplicacion; y si un oficial no salia con honor de un lance en que se hubiese empeñado, era separado de su regimiento con plena aprobacion del rey. Mas oportuno fué el publicar leyes preventivas, y el restablecimiento del tribunal de honor compuesto de los grandes dignatarios, que fallaba en todos los casos de honra, facilitaba las reconciliaciones, arreglaba las condiciones de paz, imponia multas, y mandaba prender á todo el que daba un mentís, ó provocaba cualquiera lance de los que daban lugar á desafio. Anteriormente ya Vicente de Paul se habia empeñado con insistencia á fin de que el papa prohibiese los duelos; y el marques de Fenelon, famoso espadachin, se puso al frente de una sociedad de caballeros que se comprometieron bajo jura-

mento á no mandar ni recibir ningun cartel de desafio.

Durante los reinados de los débiles sucesores de Luis XIV, multiplicáronse los duelos como nuevos placeres en la disolucion que reinaba: los hubo hasta entre las mujeres, y fué famosa la cantatriz Maussin, que mató á tres hombres en desafio, se fugó á Brusélas, y llegó á ser querida del elector de Baviera. Tambien trataron los reyes de Inglaterra, y particularmente Isabel, de reprimir este abuso; pero con escaso fruto. El canceller Bacon hizo que los delincuentes fuesen rigurosamente castigados por la cámara estrellada, no empero con la horca como en Francia, sino con prisiones y multas. Cromwell imponia seis meses de cárcel al provocador; la muerte en desafio era castigada como homicidio voluntario. En tiempo de la Restauracion volvieron á menudear, llegando al extremo de mandarse carteles de desafio hasta al gran canceller por cuestiones arancelarias ó jurídicas: batíanse los médicos por las consultas; batíanse en los cafes, en las plazas, en los teatros.

El abuso llegó hasta nuestros dias, y todavía se discute entre los moralistas y legistas el modo de acabar con esta plaga social sin destruir aquel pundonor que caracteriza la civilizacion moderna.

La caballería, pues, en tiempo de Luis XIV, no era la defensa del débil emprendida por el fuerte; era el arte de eludir las leyes y oprimir al indefenso; el pundonor era provechoso para las virtudes á él relativas; pero lo era á costa de todas las demas, borrando del catálogo de los deberes aquella humildad que los fortifica y los consagra. Poner en orden los negocios personales, cuidar de sus haberes, usar de economía, era tenido por bajeza, en tanto que no menoscobaba la reputacion de un caballero el no pagar sus deudas ni el ser causa de la ruina propia y ajena. ¡Absurdo honor en que no entra la menor idea del deber! El buen tono exigia la compasion para males imaginarios ó para fruslerías, é indiferencia para los graves y verdaderos; hacia gala de los ricos trajes, se gloriaba de nonadas, y con tal que se observasen ciertas formas y supersticiones, daba derecho á ofender la moral, las leyes, la religion y el sentido comun.

Sin embargo, los que no pertenecian al gremio privilegiado tenian obligacion de respetarlo todo. Las leyes castigaban con gran severidad á la adúltera de baja esfera, mientras se sufria, y aun se elogiaba á la de los altos círculos; el pechero y el togado podian, sin degradarse, sufrir un insulto que envilecia al prócer ó al soldado; y no se rebajaban estos al rehusar un desafio, como fuese provocado por los primeros. Dos eran pues las opiniones que dominaban, conservando la nobleza el principio germánico, que habia muerto ya para las demas clases.

Y solo hemos hablado hasta aquí de la clase

elevada por ser la única que se halla retratada en los escritos de aquel tiempo, que solo tratan de la corte ó de la magistratura. La fuerza del estado llano no fué conocida por el rey Luis, que en vez de dar direccion á su actividad, se empeñó en comprimirla é insultarla; restauró decrepitas ordenanzas, que solo concedian á los nobles soldados el uso de charreteras; y así fomentó los odios populares que debian estallar en tiempo de sus sucesores, como negacion de todo lo pasado, calificando de azote todo poder, de tiranía todo orden, y de envilecimiento toda subordinacion.

CAPÍTULO VIII

Elocuencia y política sagrada. — Bossuet y Fenelon. — El quietismo.

La majestuosa unidad del reinado de Luis XIV, el devoto ardor de las almas, y la importancia que adquirian las cuestiones religiosas en medio de las distracciones sociales y de los manejos políticos, explican el engrandecimiento á que llegó la elocuencia del púlpito. Desde el momento en que esta dejó de abrazar todos los intereses sociales, como en la edad média, y se circunscribió al dogma y á la moral, trocó sus formas várias, libres y naturales por reglas escolásticas y por un pesado fárrago de citas sagradas y profanas, y lugares comunes teológicos, ahogando la elocuencia bajo el peso de la erudicion y el boato. Entró luego el mal gusto del siglo XVII, y resonaron los púlpitos con ridículas metáforas y frivolidades asquerosas. El padre Andres Valladier, cuya celebridad le valió el ser nombrado predicador del rey y elegido para decir la oracion fúnebre de Enrique IV, es lo mas campanudo y ridiculo que imaginarse puede. En la primera semana de cuaresma decia: «Gloriosos y Gloriosas: acá. Tengo que ponerlos la ceniza en la frente. Señoritas, ¿qué haréis vosotras con este venéreo aparato de vanidad, sino una protesta de vuestra vanidad y de vuestra vileza delante de Dios, cargando y adulterando vuestro bello de ceniza y polvo, embadurnando vuestro rostro de albayalde y de fango, vistiendo de seda el cuerpo, que es el excremento de gusanos nacidos de un grano que no es sino polvo?.... ¿Queréis ver como todo lo vuestro no es mas que orgullo, ambicion, soberbia, hipocresia, esto es, ceniza y polvo? Queréis que crea yo en vuestro cabello ceniciento: ¿hipocresia, farsa detestable! No es sino lirio de Florencia, polvos de Chipre, etc. Queréis hacerme creer que ese color es el vuestro natural: ¿hipocresia, mentira! no es mas que aceite, carmin, albayalde. Queréis parecer altas y mentis, sois enanas: los tacones son los que os levantan del suelo: ¿hipocresia y mentira insoportable, etc.» La coleccion de sus sermones (1612 en 8º) está dedicada á la

A. Valladier.

reina Maria de Médicis en una prolíja carta, donde en tono bíblico describe sus bellezas patentes y ocultas de la manera ménos decorosa (1).

Iguales chocarrerías se encuentran en el padre Besse, Lemosin, predicador de Luis XIII, y otras tantas contienen los cincuenta y dos sermones acerca de El Hijo Pródigo del padre Bosquier de Mons (2). Tambien tuvo fama el padre Andres entre los predicadores de insulseces y juegos de palabras. Explicando la parábola del que va á ver la viña despues que la ha comprado, decia: *Eres un majadero que no fuiste á verla antes de comprarla.* Un dia recomendó á la caridad pública á una niña que *no tenía suficientes bienes para hacer voto de pobreza*, es decir, para entrar monja. Admitaba mas que el milagro de Jesucristo el de san Francisco, que con dos varas de lienzo (la alforja) proporcionaba todos los dias la manutencion á tantos religiosos. En la muerte de Luis el Justo, decia el predicador: «Abstinencia real de los placeres, sol naciente en los abismos, plenitud en el vacío, maná en los desiertos, vellon enjuto donde todo está mojado, vellon mojado donde todo está seco, cuerpo disecado donde los placeres pueden anegarlos, cuerpo empapado en consuelos donde lo deseca la austeridad, etc.» Otro predicador se propuso demostrar que San Pedro fué piedra de cantería, piedra de chispa y piedra cáustica (3). La oracion fúnebre del valiente Crillon, pronunciada el año 1615 en Aviñon por el padre Beniog, jesuita, es de las mas burlescas (4). Con un torrente de metáforas alusivas en su mayor parte al escudo, se propone demostrar la elevacion, profundidad, anchura y extension de la magnanimidad de su héroe y exclama: «Adios, Crillon, adios; adios, capitán de las maravillas; adios, maravilla de los capitanes; adios, mi valiente, adios, valiente Crillon; adios, valiente de los valientes.... En qué se ha convertido este gran héroe, esta elevacion de valor ¡cuán abatida!

(1) Véase PEIGNOT, *Predicatoriana*. Dijon, 1841, p. 157.
(2) *Académie des pêcheurs, baslie sur la parabole du prodige évangélic*. El mismo publicó el *Petit rasoir des ornements mondains*; y el *Foiet de l'Académie des pêcheurs*, etc. Juan Pedro Camus, obispo de Belley en 1609, decia en un sermón: «Daré cien santos nuevos por uno viejo, y Après leur mort les papes deviennent des papillons, les sires des sirons, et les rois des rotelets, etc.» En el prólogo de su *Dominical* escribe: «La plume des écrivains est volontiers portée par l'aure de la publique faveur, comme sur l'aile d'un aimable Favonius. C'est ici du biscuit sec, mais succulent; serré, mais substantieux; peu de chair de discours, mais pro de nerfs, de cartilages et de moëlle de concepte. Vous trouverez en ce petit volume des eaux alambiquées et éteintes par l'empreinte d'un parler concis, etc.... navire de mirmécides, qui fait voir toutes les pièces d'un grand vaisseau sous l'aile d'une mouche.»
(3) Entre los libros de los Jesuitas satirizados por las *Provinciales*, se encuentran: «Fusil de pénitence pour battre le caillou de l'homme. — Petit pistolet de poche pour tirer aux hérétiques. — La douce moëlle et la sauce friande des os savoureux de l'Avent.»
(4) Se imprimió con el título de *Bouclier d'hommeur, ou sont représentés les beaux faits de très-généreux, etc... appendu á son tonbeau pour l'immortelle mémoire de sa magnanimité, par un père de la Compagnie de Jésus, etc.* (Véase PEIGNOT, pág. 237.)

esta extension ¡cuán acortada! ¡cuán estrechada esta anchura! ¡cuán allanada esta profundidad!

Al tratar de la Italia nos sobrarán ocasiones de deplorar esta aficion á lo grotesco; pero debemos repetir que los Franceses fueron los primeros aficionados; y no pasarémos en silencio, como uno de los libros mas apreciables (y de estos trata con preferencia nuestra critica), La Filotea, cuyas páginas son un amasijo de historietas, de ejemplos y de alusiones. El santo autor comienza con Glicera, ramilletera, que sabía variar la disposicion y maridaje de las flores hasta el punto de dejar maravillado á Parrasio; viene despues la semilla de la *Palma Christi*, que ningún animal se atreve á gustar; la concha de nácar que mora en el mar, sin recibir en su seno una sola gota de agua; las islas Caledonias donde se encuentran fuentes dulces entre las aguas saladas; los piraustas que vuelan entre las llamas sin quemarse las alas; el cinamomo de la Arabia Feliz que comunica su fragancia al que lo lleva; la tigre que, cuando encuentra uno de sus cachorros que los cazadores la dejan al paso para entretenerla, se lo lleva por grande que sea; Apéles, que se enamora de Campaspe á quien retrataba por mandato de Alejandro; Rebeca que, dando de beber á los camellos de Isaac, merece ser elegida para esposa suya, y recibe brazaletes y zarcillos; así como confía el Santo en que Dios pondrá en las orejas de su alma las doradas palabras de su santo amor, y en sus brazos la fuerza para seguir las con acierto. Todo lo que llevamos mencionado lo dice el autor en cuatro páginas pequeñas.

Por esto son dignos de mayor loa los que no dejándose contagiados por el mal gusto del siglo, revelaron el secreto de la verdadera grandeza: esto es, expresar afectos verdaderos en sencillo estilo. Los oradores profanos carecian de campo en que desenvolver la manifestacion de sus sentimientos personales; tenían que expresarse con arreglo á las ideas que les imponia su posicion social. El sacerdote que, ajeno á las frivolidades de la sociedad, habla de lo divino, puede alcanzar la verdadera elocuencia, la elocuencia de lo íntimo del alma, refiriéndose á la muerte, á la virtud, á la eternidad.

En el siglo de Luis XIV, la religion, ademas del convencimiento, contaba con la eficacia de las leyes; dominaba en los negocios, contribuía tambien á la grande unidad, y ademas estaba tan en moda, que en los círculos elegantes se leían las controversias, y se discutía acerca de ellas. Convenia, pues, que hasta la palabra del predicador fuese elocuente, y estuviera hermo sea por los artificios que podian suavizar el paso de la verdad, por los oídos del príncipe, cuando el púlpito era la única tribuna de la libertad de la palabra; y si bien es verdad que no faltaban aduladores, la dignidad humana no carecia de intérpretes, y habia censuras para los magnates, consuelos para los oprimidos, enseñanza para todos. Dubois, pálido traductor

de Ciceron y de San Agustín, habia escrito reprobando la elocuencia sagrada; refutólo Arnauld con las *Reflexiones acerca de la elocuencia de los predicadores*; pero la práctica fué la que mejor demostró la posibilidad de armonizar los fundamentos de lo verdadero y de lo bello, y erigirse en rey del pensamiento al igual de los reyes del mundo, dominando en la opinion tanto y mas que estos; y en ninguna parte tuvieron tanta influencia como en Francia los oradores sagrados, porque en ninguna parte fueron tan eminentemente franceses.

Ojalá que aquellos hombres ilustres hubieran sabido prescindir de la manía de fundar sus sermones sobre un texto; pero eran muy estimados los que encerraban alguna oportuna alusion, así en los sermones como en las medallas (1). Tampoco supieron prescindir de las divisiones escolásticas, necesarias quizas para un pueblo acostumbrado á discutir acerca de las doctrinas y á querer profundizarlas; pero armonizando la fuerza de lo verdadero con la elegante tersura y la majestad del estilo, empleando los pasajes de la Escritura con tal oportunidad, que mas parecian salidos de su corazon que de su memoria, evitando que el mérito degenerase en rígida simetria, cerniéndose majestuosos hasta lo mas elevado del dogma, apoderándose de las pasiones escondidas en lo mas inextricable del corazon, y presentándolas en su desnudez al asombrado auditorio, ó excitando los mas tiernos afectos, encontraron acentos patéticos y elevados, y por ellos la elocuencia francesa fué la soberana de todas las modernas.

Mascaron participaba todavía del antiguo estilo: sus bellezas de buena ley apenas llegan á compensar sus pretenciosas metáforas. Flechier se presenta ya puro y correcto, mereciendo ser llamado el Isócrates del púlpito, así como Bossuet era el Demóstenes. Flechier, hombre tranquilo en su fe, ajeno á la persecucion y á la ira, observador algo irónico, pero compasivo, no levanta libre su vuelo hasta la majestuosa altura del obispo de Meaux, ni hasta la religiosa solemnidad desde la cual este sublima á los reyes y á los héroes para hacer resaltar repentinamente la pequeñez de las humanas grandezas; antes bien oculta con arte lo sublime bajo lo elegante, aplica el nivel comun á la elevacion, procura la armonía del período y el paralelismo; pero encierra grandes conceptos en frases cortadas, y sabe expresar con tanta claridad los pensamientos profundos como los mas superficiales.

Así como Cheminai fué comparado con Racine por su dulzura, del mismo modo fué comparado con Corneille el padre jesuita Bourdaloue, de Bourges. De costumbres sencillas como la verdad, y ejemplares como la virtud, fué el

(1) El texto de Jeremías aplicado por el padre Larque á la oracion fúnebre del duque de Borgoña, fué celebrado como una maravilla, y produjeron un murmullo de aprobacion las palabras *Depositum custodi*, pronunciadas por Bossuet delante de la regenta.

Mascaron.
1634-1703.

Flechier.
1632-1710.

Cheminai.
1652-89.